

cil Fire proved to be a new model, assisting newly arrived Indians by offering (limited) social services such as loans, scholarships, and unemployment relief. Importantly, LaPier and Beck consider the role American Indian women played in such organizations as well as in new ones they created, such as First Daughters of America, co-founded by Tsianina Blackstone (Cherokee-Creek) and Anna Fitzgerald (Chippewa). American Indian women “blazed important trails for American Indians in Chicago by establishing a network of white women allies” and providing leadership and advocacy that generated “an influence that far exceeded their numbers” (113).

Scholars of American Indians in the 20th century, and especially of American Indian urban experiences, will find benefit in the study, as will scholars and general readers interested in early 20th century urban development resulting from ethnic migrations. The book at various points spends too much time documenting Indian visitors’ experiences outside of Chicago, such as the discussion of the Blackfeet delegation in chapter 4: “Indian Encampments and Entertainments.” And it goes into too much detail, at least for this reader, on other topics. Such are the risks of a localized study across a fairly narrow chronological period. But the rewards are evident. American Indian historiography has provided a near comprehensive understanding of American Indians’ tribal experiences on reservations. Needed, given the steady expansion of American Indians’ urban population in the United States, are more City Indian studies, which reveal the important processes and patterns of Indians’ cultural adaptation, syncretism, and resilience in the 20th century.

Paul C. Rosier

Li, Fabiana: *Unearthing Conflict. Corporate Mining, Activism, and Expertise in Peru.* Durham: Duke University Press, 2015. 265 pp. ISBN 978-0-8223-5831-2. Price: £ 16.99

Como lo destaca este libro, en comparación con buena parte de Latinoamérica (al menos desde Ecuador a Guatemala), el aumento de las protestas relacionadas con la minería en el Perú no tiene paralelo (3). Al mismo tiempo, sabemos que solo entre 1990 y 1997 (período en el cual las inversiones en exploraciones mineras crecieron en 90 % en el mundo, 400 % en Latinoamérica, y 2000 % en el Perú), el llamado “boom minero” significó la expansión, al menos por seis veces, del área designada para la actividad minera (16), afectando al menos la mitad de las 6.000 comunidades campesinas del Perú. Es también en los noventa, que las reformas neoliberales introdujeron leyes laborales que permitían a las compañías mineras depender de trabajo subcontratado de corto plazo (73), que se privatizaron los servicios policiales nacionales y se criminalizó la pobreza.

Acercándonos a este contexto de la actividad minera en el Perú, Fabiana Li examina las formas emergentes de activismo político, las tecnologías y prácticas cambiantes de la extracción minera, y el despliegue de conocimientos de expertos y no-expertos en los debates en torno a la “naturaleza” (3).

El primer capítulo está centrado en un caso distinto del que se trata en el resto del libro. Si éste abarca la nueva o “mega” minería, aquél se centra en la llamada “vieja minería”, a través de uno de sus legados más visibles: la refinera de La Oroya, ubicada en la sierra central, región que epitomizaría la profunda relación del Perú con la minería (3). La refinera fue construida por la Cerro de Pasco Cooper Corporation, que sería, por décadas, no sólo la más influyente compañía en la industria peruana (40), sino también la dueña de una de las más grandes haciendas del país (abarcando un área de 1,685 km²).

Aunque desde inicios del siglo XX, se han formado comisiones gubernamentales para investigar el “humo” de La Oroya – por ejemplo, en 1923, cuando hacendados y comunidades campesinas enjuiciaron, conjuntamente, a la empresa minera y la obligaron a mejorar sus instalaciones por medio de filtros (lo que, al final, le dio mayores ingresos económicos) –, los evidentes efectos de la polución (la destrucción de la producción agrícola y ganadera, la migración del campo a la ciudad y el consecuente desarrollo urbano), solo se volvieron una preocupación medioambiental y de salud pública después de casi un siglo de emisiones tóxicas (4). Sin embargo, estas preocupaciones no parecen mermar, en gran medida, el apoyo que Doe Run (la empresa privada que heredó el manejo de la refinera de La Oroya y que aparece descrita aquí casi como un agente cínico, ambicioso y psicópata) recibe de sus trabajadores, un apoyo que ilustra muy bien su grado de pobreza y desamparo, su dependencia de un escaso salario al precio de la salud de sus familias: “Preferimos morir de la contaminación que de hambre” (58).

El caso de los pobladores de La Oroya – o de lugares todavía no estudiados como Morococha – parece fascinante para cualquier etnógrafo, no solo por su adopción de un discurso que diluye la responsabilidad de la corporación – “todos son responsables de la polución” (62) –, ni por su oscilación entre negar la polución y apoyar las acciones de la empresa para combatirla – ¡como los talleres sobre higiene y nutrición! (59) –; sino sobre todo por su particular fatalismo frente al agravio de sus cuerpos y sus vidas: todos saben quiénes tienen los niveles más altos de plomo en la sangre y sus consecuencias (63).

Esta primera parte del libro – que establece un contraste más que un diálogo con el resto del mismo – incita varias preguntas acerca de, p. ej., los canales concretos usados por los primeros exploradores norteamericanos que, a fines del siglo XIX, iniciarían la minería en esta región (40), o las formas específicas por las cuales se logró la destrucción de los sindicatos que, en los años veinte y treinta del siglo XX, hicieron de los campamentos mineros uno de los epicentros de la formulación de políticas de izquierda en torno a los derechos de los trabajadores (3). ¿Cuánto podrían decirnos al respecto los archivos – donde quiera que se encuentren – de Centromín Perú? ¿Cómo se explica, para terminar con este capítulo, el silencio sobre la minería que impregna buena parte de la literatura antropológica sobre el valle del Mantaro? ¿Qué relación tiene este silencio con el tipo de trabajos que hoy se llevan a cabo en los centros de investigación social en esta región (como la Universidad Nacional del Centro)?

Luego del primer capítulo, el resto del libro trata del caso de la mina de oro de Yanacocha, en el norte del Perú, a poco más de mil kilómetros de la refinería de La Oroya. Este es un caso de “mega minería”, que, al mismo tiempo, tiene un impacto enorme sobre su entorno y requiere de menos mano de obra proveniente de su área de influencia (donde habitan alrededor de 30.000 personas, muchas de ellas campesinos quechua hablantes). Yanacocha – que hoy posee 20.000 hectáreas de tierra (buena parte comprada a campesinos de bajos recursos en la década de los noventa) que abarcan cuatro cuencas y la misma divisoria continental en el departamento de Cajamarca – es una de las minas más rentables del mundo, gracias a una particular combinación de elementos: “cyanide leaching technologies, combined with minimal environmental regulations, low labor costs, and low tributary payments” (81).

Es en este contexto que la protección de las fuentes e infraestructuras en torno al agua se ha vuelto, gradualmente, una preocupación clave en las protestas contra la minería (3): “the idea that a mountain needed to be protected *because* it was a source of water marked a shift in thinking about mining ... Water ... drew the support of people who did not necessarily identify with an ‘environmentalist’ ... stance” (136).

En su análisis, Li considera la polución como “multiple in and of itself” (37), como algo que depende de ciertas prácticas que la hacen aparecer. Es un efecto de un conjunto de relaciones o asociaciones dentro de un colectivo integrado por personas, tecnologías y “cosas” en la naturaleza (37). Asimismo, lo que usualmente se llama “conflictos” son entendidos, por la autora, como esfuerzos de estabilización, llenos de tensiones y de resultados imprevistos, que buscan materializar la contaminación como una entidad (21).

Las relaciones ambiguas y contradictorias entre comunidades campesinas y Minera Yanacocha – que elude continuamente, y a veces incluso con el apoyo de la embajada canadiense en Perú (101), su responsabilidad sobre la polución del agua – producen, no solo denuncias (que, en este caso, incluyen a organismos del World Bank Group, con sede en Estados Unidos), sino también colaboraciones imprevistas, que no eliminan las tensiones, los intereses divergentes, ni las visiones inconmensurables que yacen en el centro de las mismas (6).

Comentaremos brevemente, primero, las propensiones divergentes y luego las perspectivas inconmensurables. En el primer caso, Li (en uno de los capítulos del libro más atractivos, “Stepping outside the Document”) parte de los mecanismos usados por las corporaciones y el Estado para monitorear el desempeño de la actividad minera. Partiendo de la premisa de que “what are usually thought of as ‘scientific’ and ‘traditional’ knowledge are both the result of local-global encounters – encounters that are unequal and unstable” (134), la autora se pregunta: ¿Qué cuenta como equivalencia en el cálculo y la evaluación de los efectos de la actividad minera? ¿Cuáles son las prácticas de conocimiento y los mecanismos de comparación que hacen posible (o imposible) las determinadas equivalencias? (25).

Ahora bien, las herramientas de monitoreo usadas en Cajamarca están marcadas por lo que la autora llama “scientization”, es decir, por la transformación de conflictos políticos en debates entre expertos y científicos (75 s.). Su poder es tal que incluso las organizaciones críticas de la minería colaboran indirectamente fortaleciendo, por medio de su apoyo en datos técnicos, la validez de estudios frente a los cuales se mantienen periféricos (97). En su análisis de estos mecanismos, Li encuentra que, en realidad, lo que hacen es *definir* la eficiencia, calidad y buenas prácticas que constituyen la comprensión de los riesgos y la responsabilidad, apelando a valores como la participación democrática, la transparencia y la administración medioambiental (11). De este modo, cualquiera que se oponga a la minería es susceptible de ser acusado de rechazar tales valores y de oponerse al diálogo, la democracia o el desarrollo (11). En suma, los así llamados estudios de impacto ambiental o de base social no solo están “definidos por intereses mineros” (188), sino que además “describen ... las comunidades locales como ... una forma de vida que debe, inevitablemente, dejar el campo libre al progreso de la minería” (209). De esta forma, lo que producen estos documentos son protestas contra sus intentos de definir a la población afectada por aquello de lo que carecen: educación, servicios básicos u oportunidades de empleo (209).

De esta forma, el mismo proceso que provoca la participación de la gente es el que les quita el poder y los excluye (207). La paradoja de la tecnificación a la que alude Li parece clara: “Los esfuerzos para eliminar ‘intereses políticos’ como una forma de aliviar las tensiones existentes contribuyen, en realidad, a aumentar los conflictos, al excluir ciertos segmentos de la población, deslegitimando ciertos argumentos ... y negando a la gente la oportunidad de participar en espacios establecidos para el diálogo” (100).

Trataremos ahora del segundo asunto señalado arriba, los puntos de vista inconmensurables, que nos lleva a la cuestión de la multiplicidad de la montaña: esta es, al mismo tiempo, un *apu* (o “montaña sagrada”), un depósito mineral y uno acuífero. Antes, señala la autora, los *apus*, espíritus y montañas sagradas no existían en el debate público, sino solo en la esfera del mito, donde eran considerados con “respect and affect” (23). Haciendo que hoy estas entidades sean tomadas en serio, en términos políticos (110 s.), las protestas han detonado la multiplicación de la identidad de cerros como Quilish (109), en Cajamarca: “conflicts over mining reveal the multiple ways of configuring what we usually conceive of as ‘Nature’ and its constituent elements” (22 s.). Li señala que esta multiplicidad, esta diferencia, ha sido precisamente la que ha permitido la creación de alianzas (31): “A sacred mountain galvanized opposition to mining activity, and lagoons emerged as key protagonists in protests” (4). Tales alianzas, a su vez, habrían “extendido la esfera de lo político” (23).

En la base de esta argumentación encontramos, pues, un *apu*. ¿Qué se quiere decir cuando se lo llama una “montaña sagrada” (108, 110)? ¿Quiere decir, por ejemplo, que hacer “pagos” u ofrendas a las montañas es y

ha sido una práctica usual en Cajamarca? ¿Por qué no describir con mayor detalle los *orqos*, que es el nombre dado a los cerros por los habitantes de Cajamarca, en vez de *apus*, término sureño que se impone desde el periodismo (136), como un eco tardío del indigenismo sureño? ¿Para quién escribe aquel intelectual local citado en el libro que encuentra que *apu* es un vocablo más internacional (142) y “catchy” para expresar “essentially the same idea” (141)? Fabiana Li es la primera en reconocer que la tradición oral de Cajamarca no describe entidades benevolentes como aquellas que promueven los ambientalistas, sino más bien “harmful spirits lurking in caves and water springs” (129). Esta suerte de laguna etnográfica evoca otras, como la escaza resonancia de la voz de algunos de los protagonistas del libro, como las corporaciones y los representantes y partidarios de la empresa minera (29), o los mismos cerros (¿Qué dice, pues, por ejemplo, el cerro Quilish? ¿Cuál es su perspectiva de los conflictos aquí descritos?). ¿Además, si un canal de riego es, sobre todo, como la autora bien lo señala, una red de relaciones, conocimientos e historias que no pueden ser abarcadas en la lógica de rivalencias (150); qué nos pueden decir al respecto, los ritos que, en torno a su limpieza, se llevan a cabo en casi todos los Andes? ¿Qué indicios nos pueden brindar las formas concretas que toma el compadrazgo usual entre campesinos e ingenieros de Yanacocha para entender cómo se relacionan ambos con un “paisaje agencial” (*agentive landscape*) transformado por la continua expansión de la actividad minera (108)? ¿Podrían, finalmente, los “estudios de cambios en pueblos peruanos”, llevados a cabo por toda una generación de antropólogos, en los Andes de inicios de la segunda mitad del siglo XX, iluminar en algo el frecuente paso de campesinos a “empresarios” (180) señalado por la autora en esta parte de Cajamarca?

Finalmente, sólo resta decir que, basado en su propio trabajo de campo (llevado a cabo entre 2005 y 2006), Fabiana Li nos ofrece aquí un libro que reflexiona, con un detenimiento y mesura destacables, sobre un tema tan crucial e intrincado como actual para los Andes peruanos.

Juan Javier Rivera Andía

Lidchi, Henrietta: *Surviving Desires. Making and Selling Native Jewellery in the American Southwest*. Norman: University of Oklahoma Press, 2015. 264 pp. ISBN 978-0-8061-4850-2. Price: \$ 34.95

Mit ihrem Werk “Surviving Desires. Making and Selling Native Jewellery in the American Southwest” legt Henrietta Lidchi eine umfangreiche Bestandsaufnahme der Herstellung von Schmuck im nordamerikanischen Südwesten, seiner Geschichte, seiner Erforschung und der Dynamiken des Marktes vor. Entwicklungen an denen Museen durch Forschungs- und Sammelreisen, Kooperationen, Projekte und ihre Sammlungskonzeptionen aktiv mitwirkten. Exemplarisch werden am Ende des Buches die mit US-amerikanischen Museen verwobene Sammlungsgeschichte des British Museum und der National Museums Scotland vorgestellt.

Allein die Fülle des verarbeiteten Materials, zu dem

neben einschlägigen Publikationen und Klassikern auch zahlreiche Archivquellen und persönliche Erfahrungen gehören, macht das Buch äußerst lesenswert. Dass der Publikation ausgedehnte Forschungen – die Autorin reiste seit 1997 fast jährlich in den Südwesten – und die Zusammenarbeit mit namhaften Museen und Archiven im Vereinigten Königreich und den USA, sowie mit indianischen Künstlervereinigungen, Künstlern und Instituten vorausgingen, schlägt sich in einer sehr profunden Kenntnis vor allem der gegenwärtigen Situation nieder. Die umfassende Darstellung der historischen Entwicklungen mit einem Fokus auf Dynamiken, Transformationen und Wechselwirkungen könnten das Buch zu einem neuen, zeitgemäßen Standardwerk werden lassen. Als Nachschlagewerk ist es allerdings wegen seines Aufbaus ungeeignet, denn durch die Themenwahl der Kapitel finden sich Informationen zu einzelnen Stilen, Entwicklungen, Personen, Institutionen, Techniken und Materialien jeweils an mehreren Stellen im Buch wieder, was für den Leser mit lästigen Wiederholungen einhergeht. Die teils sehr detaillierte Darstellung macht die Wechselwirkungen zwischen Produzenten, Markt, Käufern, Händlern, Institutionen, Kunstschulen, Museen und Sammlern nachvollziehbar, rutscht aber stellenweise in Detailverliebtheit mit einem *overload* an Namen ab.

Das erste Kapitel “Introducing Southwestern Jewellery” beschreibt die Entwicklungen rund um die Schmuckproduktion im Kontext der Geschichte der Region bis hin zur heutigen Bedeutung für Tourismus und Wissenschaft. Dabei werden Navajo- und Pueblo-Kulturen nicht getrennt voneinander betrachtet, sondern als auf vielfältige Weise miteinander verwoben dargestellt. Angesichts der beschriebenen präkolumbischen Handelskontakte zwischen dem Südwesten und dem Alten Mexiko, in dessen Zuge neben Muscheln, Baumwolle, Federn etc. auch Türkise und Kupfer den Besitzer wechselten, drängt sich die Frage auf, warum erst durch den Kontakt mit den spanischen Immigranten jene Verschmelzung von Steinarbeiten und Metallverarbeitung stattfand, die zum Charakteristikum des Schmucks aus indigener Produktion wurde. Diese Fragestellung wird leider nicht aufgegriffen. Dass erst die Kombination der Steinarbeiten mit Silber den Schmuck der Region von einer ausschließlich unter Indigenen zirkulierenden Zierde zu einem bis heute wirtschaftlich bedeutenden Handwerk machte, wie Lidchi mehrfach betont, ist unumstritten eine entscheidende Entwicklung und eines der wenigen Beispiele fruchtbarer Verschmelzung indigener mit nichtindigenen Elementen in Nordamerika.

Die im indigenen Kontext häufig getroffene Unterscheidung zwischen *art by destination* (für den Markt produzierte Kunst) und *art y metamorphosis* (ursprünglich für einen beschränkten, oft rituellen Gebrauch produziert und später zu verkäuflicher Kunst transformiert) hält Lidchi im gegebenen Kontext für ungeeignet, denn der indianische Schmuck des Südwestens hatte schon vor seinem Einzug in die Arena des modernen Marktes Tauschwert, und die Materialien selbst haben immanenten und zugeschriebenen Wert. Türkis war seit präkolumbischen Zeiten ein Objekt intertribalen Handels und der Silber-